

El desarrollo de los acontecimientos políticos españoles ha cristalizado en un acuerdo, si bien precario, económico-político entre los herederos del franquismo y la oposición democrática. Las diferentes fuerzas políticas, al menos las del arco parlamentario, han terminado por encontrar un punto de convergencia sobre objetivos fundamentales, y han negociado, en los acuerdos de la Moncloa, una estrategia de desarrollo que, con diferentes matizaciones, apunta especialmente a la solución de los siguientes nudos económicos:

- Mantenimiento de la producción y empleo.
- Aumento de los recursos destinados a sostener el desarrollo productivo.
- Reversión del aparato productivo.
- Disminución de la tasa de inflación.
- Equilibrar la balanza de pagos.

La dotación al Estado de un instrumental adecuado para la intervención económica (que suele ser un problema en otros países capitalistas cuando se produce una crisis aguda) no ha sido en el caso español materia seria de discordia, porque en nuestro caso sería sólo preciso, llegado el momento oportuno, habilitar el instrumental heredado del franquismo y ver la forma de garantizar la orientación y gestión efectiva. En todo caso, el problema surgiría al abordarse nuevos ámbitos de acción, como el desarrollo y articulación de planes sectoriales concretos, la tipología de la reconversión industrial, etcétera, etcétera.

Ha habido "consensus" sobre la necesidad de la austeridad para salir de la crisis y, en menor proporción, sobre la forma de actuación, o del "reparto", de la austeridad de cara a las diferentes clases sociales, si bien no se ha abordado con detalle, hay que reconocerlo, la necesidad, contenido y formas de ampliar la dirección pública de la vida económica del país.

No parece aventurado suponer que este "retraimiento" a la hora de abordar el tema anteriormente señalado obedece a las dificultades inherentes a la propia problemática en un país que ya es, aunque con reparos, industrialmente avanzado. Pero tampoco puede descartarse que las dificultades, o retraimiento, sean debidas a la prevención que ciertos sectores sienten ante cualquier demanda, al respecto, que provenga de la clase obrera.

Es evidente que aquí radica, independientemente de la relación, exigencias reales de los trabajadores-planteamientos formales de sus representantes, un serio problema, porque hay que convenir que, entre otras cosas, el movimiento obrero ha sido mantenido durante muchos años al margen del poder concreto, por lo que su intervención ahora, en tan variados y complejos terrenos, no deja de presentar dificultades. Es posible que haya sido precisamente esto lo que impulsara a los representantes obreros a mostrarse sumamente cautos, o moderados, limitando su discurso a paliar un tanto la "injusticia" y la "irracionalidad" del sistema.

No obstante, a la vista de la clara estrategia de clase del Gobierno, aunque

intente presentarse premeditadamente como políticamente ambigua, parece difícil sustraerse a la impresión de que la "marginación" de una temática tan "sustancial" no pudo ser casual, obediendo, por el contrario, a una iniciativa política minuciosamente calculada. A este respecto, los límites de la oposición, evidentes, no parecen ser tanto el resultado de una apriorística moderación, como algunos sostienen, cuanto la dificultad objetiva de relacionar los diversos niveles de las propuestas gubernamentales dentro de una óptica, y discurso glo-

CRISIS Y BATALLA CULTURAL

Mauricio Pérez

Profesor de la Universidad Karl Marx de Leipzig

bal, que colocase la negociación en el alvéolo de una democratización auténtica.

No descubrimos ningún nuevo Mediterráneo si afirmamos que la actual crisis española, además de poner de manifiesto todas las contradicciones inherentes a la crisis internacional del capitalismo (contradicción entre el desarrollo creciente de la socialización de las fuerzas productivas y de la apropiación privada de la producción, etc.) es también una crisis del sistema franquista. Esto significa que se trata, en primer lugar, de una crisis de los principios y formas de la hegemonía político-cultural de la clase dirigente española y, en segundo lugar, de su "modelo" económico. Consiguientemente, la crisis "ideológica" adquiere, por su amplitud y profundidad, las proporciones de una crisis de organización de la cultura, evidenciando así no sólo los límites de la ideología fascista, sino también, en general, los organizativos, en relación con la cultura política, de la clase dominante y, de una forma particular, la crisis de una parte sustancial de los valores fundamentales de la cultura burguesa.

Ante una situación como la señalada, la pregunta de que si el pacto de la Moncloa significa o no la consolidación de la democracia en España no es una demanda maximalista, como afirma Julio Segura (1), sino, por el contrario, es algo fundamental para todo revolucionario y pertenece al abecedario del marxismo (2).

La pérdida de la capacidad hegemónica del grupo de poder dominante expresa, al mismo tiempo que un debilitamien-

to relativo de su específica dimensión económico-social, la incapacidad de acceder a un conocimiento material de la sociedad. Esto es, de un conocimiento ajustado a las necesidades, derechos y exigencias de los ciudadanos; ofreciendo en su lugar una representación distorsionada de la materialidad y, en consecuencia, soluciones (sus soluciones) inadecuadas para la sociedad y, por lo tanto, inaceptables para la mayoría de los individuos. De esta forma, la incapacidad organizativa y las limitaciones ideológicas de la clase dominante estimulan, bien a su pesar, la emergencia de nuevas necesidades, pensamientos y comportamientos que no se identifican ni pueden reconocer ya el interior del espacio y sistema de valores del discurso cultural burgués.

Esta manifestación de "contestación" cultural, pues no es otra cosa aunque actualmente aparezca poco elaborada, es parte integrante, si bien a veces políticamente inconsciente, de la base sobre la que se asientan, de la que emergen, nuevos valores que se reclaman del mundo del trabajo en general y de la clase obrera en particular. Y esto, porque en la medida en que los nuevos valores, por antiburgueses, tienden a cristalizar, se manifiestan dialéctica y funcionalmente como "confrontación" con los valores culturales de la sociedad capitalista.

Queda, pues, claro que de lo que se trata es de que la dialéctica de clases articula un discurso cultural anticapitalista, diferenciable y multiforme, que hace referencia directa a las necesidades y exigencias, incluidas las organizativas y políticas, de la clase obrera y que este discurso termina por convertirse en elemento primordial de la lucha de clases y, por lo mismo, en parte esencial de la definición de valores constitutivos de la nueva sociedad.

En estas condiciones, parece necesario y urgente que el discurso "democratizador" de las fuerzas que se reclaman de la clase obrera, de los trabajadores en general, no se agote en el interior de conceptos como "injusticia", o "irracionalidad del sistema", sino que, por el contrario, se integre dentro de coordenadas que hagan referencia a categorías marxistas. Porque debe quedar totalmente claro que estas fuerzas están empeñadas en una lucha por una nueva sociedad y que, para decirlo con palabras de E. Berlinguer (Roma, 26-XI-1977), "para nosotros la lucha por una nueva sociedad significa lucha por el socialismo". ■

(1) Julio Segura: "Una valoración de los aspectos económicos del acuerdo Gobierno-partidos", en "Nuestra Bandera", núm. 80, Madrid, 1977, página 13.

(2) En este sentido, cabe indicar que un participante en las negociaciones de la Moncloa tan poco sospechoso de extremismo como R. Tamames define el pacto como un instrumento llamado a "superar la crisis y consolidar la democracia". Más tajante, S. Carrillo afirma: "El pacto de la Moncloa consolida la democracia (...). La democracia, lógicamente, va a llevar a un aumento del peso de las fuerzas socialistas, que es lo que puede permitir que esa democracia sirva para abrir en España la vía del socialismo". Ver el artículo de Tamames, "Los comunistas y los acuerdos de la Moncloa", y la entrevista a Carrillo, "La Moncloa, el 'eurocomunismo', el partido...", en el citado número de "Nuestra Bandera".